

Número 16

Julio 1.º: 1906

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

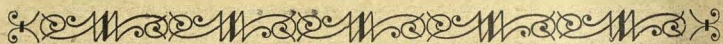


*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMVI



## CONTENIDO

### DEL PRESENTE NUMERO

La Vidriera Rota. (Traducción de Emilio Suárez Murillo).....	F. FLEURIOT-KERINOU
Un hombre raro: Lombroso. (Traducción de Ramón Goenaga).....	JACQUES MESNIL
A un cocuy.....	MIGUEL ANTONIO CARO
Prólogo de un libro.....	RAFAEL M. CARRASQUILLA
Las repúblicas.....	JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN
Recuerdos de Pereda.....	FEDERICO BRAVO
El Juicio final (de Gilbert).....	JORGE POSADA BAYONA
Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna.....	FRANCISCO M. RENJIFO
Documentos históricos.	
Crónica del Colegio.....	RAFAEL ESCOBAR ROA



## REVISTA

### DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

## LA VIDRIERA ROTA

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Vertido del francés, por Emilio Suárez Murillo)

### I

¡Qué oscura está la noche y cuánto frío hace en aquellas ramas donde, ateridos y con las plumas erizadas, se estrechan tantos pajaritos!

¿De qué horizonte sopla el viento? No hay horizonte. El cierzo es incesante, helado, brutal; casi quema. Los árboles sacudidos gimen, rómpense las ramas, cruje la corteza. Lasavecillas resisten con desesperados esfuerzos agarrándose á los palitos, fuertemente sacudidos por el viento; pero aquello es superior á sus fuerzas; la lucha no puede prolongarse.

De cuándo en cuándo una de aquellas criaturitas siente que se le hiela en las venas la sangre y que el corazón deja de latir. No sabe lo que será; abre por última vez las alas, pero para caer, produciendo sólo un ligero rumor al tocar la tierra; aunque las plumas le aligeran la caída, apenas llega á la nieve, el frío la convierte en piedra. Así, á cada momento, se desprende del árbol desnudo un pajarito y rueda como fruta madura.

En el bosque sólo hay ramas desnudas; sólo hay nieve en la tierra. Las pobres aves no tienen abrigo ni alimento; mueren de hambre, mueren de frío.

### II

Cerca del árbol sin hojas se levanta una capilla donde ni el frío ni el hambre se dejan sentir. Es el santuario de



San Huberto, construído á inmediaciones del castillo y á la entrada de la selva.

En tiempos no remotos solían los señores marqueses asistir allí á misa, antes de comenzar la caza; ahora ya no hay señores, ya no hay caza, no hay misa. Estamos en el mes de Diciembre de 1793, en pleno Morbihán.

En el centro de la capilla arde una enorme hoguera que difunde luz y calor; los troncos son gruesos y las llamas se levantan hasta la altura de un hombre; los que han encendido esa fogata no reparan en costos, y gastan como pródigos. Son por el momento seis militares.

Dos están sentados al amor de la lumbre; tres, tendidos perezosamente, están fumando pipa con entera tranquilidad, sólo uno está en pie con los brazos cruzados y recostado contra un pilar: es el jefe, y todos son húsares de Westermann. Los han puesto allí como avanzada del ejército; los centinelas están en su puesto, y éstos esperan su turno para ir á relevarlos. Los chuanes no están lejos; es preciso velar.

Se han quitado los altos chacós empenachados, y la cabeza descubierta deja ver las luengas cabelleras rizadas. Dura fue la jornada; el pantalón azul, de elegante corte y el rojo capote adornado con negros alamares, todo de telas resistentes, están manchados de lodo.

El jefe, hombre de elevada estatura, con botas de media caña y pantalones galoneados de amarillo, está inmóvil. En las mangas del capote tiene dos trencillas de oro, insignia de teniente.

Fisonomía simpática, bigote retorcido, ojos negros, cabello ensortijado, noble continente, nada le falta para ser un guapo mozo.

En el momento de que estamos tratando, los exploradores acaban de vaciar dos botellas de añejo cognac encontradas en la bodega del castillo.

—¡Oh, dice el Teniente, con las mejillas enrojecidas por el generoso licor. Famoso cognac! Es capaz de resucitar

un muerto! Llenad vuestros frascos, muchachos; hay para todos; quizá mañana tendremos que beber agua, cáspita!

—Bien dicho, mi Teniente, dijo un cuartel-maestre, eso nos ayudará á pasar la noche; para salir adelante con semejante tiempo es preciso tener uno el diablo en el cuerpo.

—El cognac lo reemplazará, dijo un húsar, hundiendo con la palma de la mano el tapón de su frasco.

—Es tiempo de partir, gritó el Teniente. Todos en pie.

En efecto, es preciso abandonar la capilla; incendiado el castillo, sólo quedan en pie las cuadras que han sido ocupadas por soldados y caballerías; es allí donde está el verdadero cuerpo de guardia, pero no se ha podido hacer lumbre por miedo de producir un nuevo incendio. La comida se verificó, pues, en la capilla, de la cual se retiró en seguida el pelotón, compuesto de treinta robustos mozos, y sólo quedaron los oficiales bebiendo y fumando. Ahora van á retirarse también. Al siguiente día iba á ser rudo el trabajo porque el enemigo era duro de vencer, y los veteranos prefieren el calor de la paja, confundidos con los caballos. La lumbre no calienta sino un lado del cuerpo, en tanto que el calor natural envuelve todos los miembros en suave languidez adormecedora.

Así pues, todos se levantan encaminándose á la puerta, pero antes de abrirla, el Teniente muda de parecer.

—No sería malo que examináramos el sitio éste, exclama. Nunca sobran las precauciones. Los rebeldes son maestros consumados en asaltos, y no me gustaría pasar un mal rato. ¡Cáspita! Traed pronto una luz.

Dos sargentos se apoderan de un tizón inflamado y se da principio á la inspección, muy fácil de hacer: tan reducida así es la capilla.

Desnudos aparecen los muros, y las altas ojivas mal cubiertas por jirones de viejas cortinas rojas; las vidrieras, sólidamente incrustadas en su armadura de hierro, resisten los embates del viento. Nada se descubre.

Llegan al presbiterio. El Teniente da la vuelta por detrás del altar inspeccionándolo todo. Nada tampoco, allí. No le tientan las riquezas del tabernáculo y pasa de largo. Es demasiado orgulloso para robar.

Más codicioso el cuartel-maestre, detiene á uno de los que llevan las antorchas, y de un puñetazo hace saltar la puerta del tabernáculo. Avidamente hunde adentro la mirada: por fortuna lo halla vacío.

—Canallas—vocifera—me han robado. Ahógase esta explosión de despecho en una exclamación del Teniente, quien acaba de hacer un descubrimiento. En el fondo de un altarcillo lateral se ha encontrado un *pesebre* de Navidad, verdadera obra de arte por las ricas maderas indias de que está construído, el techo de paja dorada y la graciosa disposición de los personajes.

Encantador aparece el Niño Jesús con sus frescos colores y tendidos los brazos á las palomas que los pastores le ofrecen; un poco más atrás están los reyes con mantos de púrpura, y bordados de plata y doradas coronas. La Virgen vestida de tul blanco con estrellas de oro, sonríe regocijada y mira á San José. Un hilo de seda baja del techo y sostiene dos ángeles que con las alas desplegadas se ciernen sobre el sagrado grupo; tienen en la mano un oriflama de papel blanco, sobre el cual está escrito, en caracteres rojos, este texto: *Gloria in excelsis Deo*.

El Teniente no se roba el oro de los tabernáculos, pero tampoco transige con sus principios. El descubrimiento que acaba de hacer no le cae en gracia; y el aguardiente que ha bebido le hace encolerizar á la vista del pesebre.

—¡Ah! los candidotes ¡pasaron por aquí—exclama—hoy es Nochebuena y quieren festejarla. Al pie de este pesebre venían en otro tiempo á cantar salmos y hacer mojigangas. ¡Qué buen gusto tenían esos beatos! Quizá pretendían repetirlos esta noche. ¡Cáspita! ¡No esperaban nuestra visita! Pues bien; me alegro mucho; esta será una Nochebuena de menos.

—Si le metiéramos fuego al pesebre..... insinuó un Sargento acercando un tizón.

—No, no—dice el Teniente deteniéndolo con un ademán—déja todo eso tal como está: los aldeanos son incorregibles en su imbecilidad y no aceptan jamás nuestros principios. ¡No importa! Yo mismo voy á montar aquí guardia y juro por la cabeza del Papa que ninguna garganta de carne y hueso cantará esta noche la *misa del gallo*.

—Nos quedaremos con usted, Teniente—dijo el cuartel-maestre,—porque si esos imbéciles desean celebrar su fiesta será peligroso para usted estarse solo.

—No quiero compañía alguna—dijo el Oficial,—sólo que voy á cambiar el sitio del pesebre, colocándolo cerca de la lumbre. De este modo haré mejor de centinela y no sentiré frío.

Justamente al frente de la hoguera, contra la pared y cerca de una puertecilla lateral, había una enorme pila de agua bendita. Era un tazón de granito, con las tres cuartas partes llenas.

Los húsares toman cuidadosamente el pesebre y con mil precauciones lo colocan sobre los bordes de la pila, apoyándolo contra el muro. En tal disposición dejaba descubierta una tercera parte de la pila donde se reflejaban los chisporroteos que despedía la hoguera.

—Ahí—dijo el Teniente—está bien colocado y podré vigilarlo. Después, quitándole á un sargento un saco de avena, lleno hasta los bordes, lo colocó sobre la pila y dijo:

Bien: mañana temprano me traerás mi yegua para darle un buen pienso; un bocado de avena mojada con unos cuantos bucheros de agua bendita, le harán resistir la jornada de mañana. Buenas noches.....

—¿Qué es eso?

El Teniente agregó esta última frase al ver la vidriera que había sobre el pesebre. Los vidrios de la capilla eran

blancos en su generalidad, pero en medio había quedado un trozo de vidriera antigua, sobre la cual San Huberto, pintado de amarillo y azul, se destacaba, arrodillado delante del ciervo de la leyenda con una cruz entre las astas. El Oficial desenvainó el sable.

—He dicho que quería estar solo, ¡cáspita! Hasta San Huberto está de sobra.

De un revés hizo saltar la vidriera, cuyos fragmentos cayeron afuera, sin ruido, sobre la nieve que cubría el suelo.

—Ahora, hasta mañana—dijo á sus soldados—y no dejéis de venir á relevarme.

—Entendido, dijeron los húsares y salieron por la puerta lateral.

Cuando el Oficial estuvo solo, colocó su silla de montar en el suelo, cerca del fuego y enfrente del pesebre. Tendióse perezosamente en tierra y apoyó la cabeza contra el borde de la pila. Con los ojos abiertos se quedó mirando maquinalmente el pesebre, pero bien pronto el sueño, la fatiga y el aguardiente comunicaron á sus miembros una dulce languidez. Los dorados del pesebre le deslumbraban los ojos somnolientos con mirfadas de centelleos fascinadores. El brasero chisporroteaba, esparciendo un vapor soporífero; así, media hora después de haber apoyado la cabeza sobre su silla, el Teniente de húsares estaba durmiendo á pierna suelta.

### III

Siempre intenso frío en aquellas ramas sacudidas constantemente por el viento.

Los pajarillos agotan, para sostenerse, las desfallecidas fuerzas; pero ¡cuánto tarda en llegar la aurora! Tienen los miembros contraídos y las plumas erizadas. El viento, despeinándoles el plumaje, penetra hasta los huesos. ¿Cómo dormir con semejante tiempo? Imposible. Abren y cierran con a<sup>2</sup> gustia los ojitos extraviados. El frío puede más que

el sueño. Pero ¿qué es aquello que brilla en medio de la noche? Un rayo luminoso brota de la capilla y se refleja en la nieve. ¡Oh! ¡Un rayo de luz! ¡Cuán dulces son los rayos de primavera! Puede uno calentarse y bañarse en ellos. Esta claridad no es un rayo sino una luz, y en las heladas noches de Diciembre la luz es el sol.

Así piensan los pajaritos, y toda la bandada vuela hacia aquella claridad. En ella se sumergen y entran con estrepitoso aleteo á la capilla por la vidriera rota.

Durante algunos instantes vuelan al amor de la lumbré reconfortándose con el calor que esparce; pero dos ó tres de ellos han visto en el suelo algún grano de avena. Bajan con rapidez y á picotazos los devoran. Toda la bandada los sigue y pronto descubre el saco lleno, contra el cual se declara inmediato saqueo hasta que le hurtan el último grano. Los arroyos están helados y lo mismo las fuentes, pero en esta pila hay agua fresca y líquida. Ya no hay frío, ya no hay hambre, ya no hay sed. Nueva vida corre por sus venas. Pronto toda la bandada abandona la pila y entra en el pesebre.

Unos se colocan sobre el dorado techo; otros se suspenden sobre las figuras; y otros, finalmente, se sitúan sobre el pavimento. Cuando un pajarillo está alegre y satisfecho, necesita cantar.

Y hélos ahí á todos cantando y gorjeando á voz en cuello, ante la luz de la hoguera y en medio de los chisporroteos de oro que inundan el pesebre.

### IV

Despierta el Oficial. La luz lo desvanece y el ruido lo sorprende. Cree soñar y sacude el letargo. Pero nó: la hoguera sigue ardiendo, y todo el pesebre vibra con mil canciones. Sí: todo él está lleno de pajaritos que entonan al Niño Jesús un concierto magnífico celebrando su nacimiento bulliciosamente. El Teniente se frota los ojos, lo

que le hace ver más claramente el espectáculo que tiene delante. Concentra sus pensamientos, evoca sus recuerdos. Ebrio estaba la víspera, pero eso ya pasó. Rememora sus propias palabras: "Juro que ninguna garganta de carne y hueso cantará aquí la misa del gallo."

Y Dios se ha burlado de él, y el pesebre, desde la media noche acaso, vibra con los acordes de concierto magnífico. Sí, Teniente, son muchas las gargantas que cantan, no el *Oremus*, sino suaves y dulces melodías moduladas por criaturas de Dios.

En el fondo, el Teniente es buen sujeto, y lo que está pasando ante sus ojos no le es extraño; él mismo fue monacillo en otros tiempos; desgraciadamente era un tanto fanfarrón; la fanfarronada lo hizo valiente; la valentía lo hizo llegar á ser Teniente; ser Teniente bajo la Revolución, ¡cáspita!, implica ser descreído. Es preciso dar buen ejemplo á sus muchachos por los principios, y sobre todo, por la disciplina. ¡Siempre la maldita disciplina!

Ahora el monacillo no está lejos del Teniente. Recuerda la fiesta de Navidad; la misa por él ayudada; el alegre repiqueteo de las campanas al amanecer; y aquel zapatito que llenaba su madre de dulces y juguetes. ¡Oh, qué hermoso era todo aquello! ¡Qué tiempos tan felices! El Teniente se levanta, se hinca de rodillas, y mientras que sus ojos contemplan el pesebre, su memoria evoca los mágicos recuerdos de la infancia. Ahora lamenta sus palabras; está contento y confuso al mismo tiempo, por el mentís que la Providencia le ha dado. Se cuida bien de hacer ruido, temeroso de turbar aquel concierto sonoro y vibrante. La tormenta ha calmado; el cielo se despoja de vapores, y se ha vestido de azul pálido. Poco á poco el sol se levanta; es un sol anémico, pero al fin es el sol.

El fuego va extinguiéndose poco á poco y el Teniente se pregunta cómo y por dónde penetraron á la capilla los músicos alados. En estos momentos el santuario se ilumina poco á poco con los albores del día. Ahora hay allí

más sombra que en el campo; los pajarillos no se engañaron: ha llegado la aurora, la verdadera aurora, y es preciso volver al bosque en busca de luz, aires y brisas.

Cesa el concierto; las gargantas enmudecen, las alas se abren y todos vuelan por la *vidriera rota*, dejando sorprendido al Teniente.

Cuando llegaron á relevarlo, uno de los Sargentos le dijo á otro:

—El Teniente amaneció de buen humor. Míralo. Parece como si lo hubieran ascendido.

—A mí me parece acobardado. Parece como si lo acabaran de derrotar.

F. FLEURIOT-KERINOU

## Un hombre raro : Lombroso

(TRADUCIDO DE "EL MERCURIO DE FRANCIA" POR RAMÓN GOENAGA)

El éxito inmenso de las obras de Lombroso, la incontestable influencia que ellas ejercen en las opiniones de la masa del público, son dignas de llamar la atención, no solamente del psicólogo y del historiador, sino también de quienquiera que se interese por las tendencias de nuestra época y trate de desligar los elementos de la sociedad moderna.

Lombroso es, sin duda alguna, uno de los hombres más universalmente conocidos que existen en la actualidad; y á los ojos de la conciencia de los lectores pasa por un gran sabio. Su nombre va unido á diferentes ideas que discurren por las calles y se repiten por una multitud de gentes que no han abierto nunca uno de sus libros. Considerósele como el jefe de la escuela antropológica, como el creador de concepciones nuevas y vastas, llamadas á revolucionar tanto el derecho penal como la psiquiatría. La prensa, que tiene la pretensión de representar